

**Muchos son los que dicen: «¿Quién puede mostrarnos algún bien?»
¡Haz, SEÑOR, que sobre nosotros brille la luz de tu rostro! (Salmo 4. 6)**

Agradecido de Dios por el reciente viaje realizado a diferentes regiones del planeta, donde el nombre de Cristo no es conocido, y el evangelio es perseguido y concebido como una amenaza, es que traigo a reflexión el pasaje arriba destacado que nos presenta un inmenso desafío.

Ciertamente vivimos una época muy convulsionada, con un mundo intensamente interconectado bajo la modalidad 24/7 lo que nos ha permitido estar presente, de manera virtual, en la realidad diaria de la vida de muchos seres humanos que no lo están pasando nada de bien (Venezuela, por ejemplo).

Indudablemente estamos viviendo en un “*mundo abierto*”. Cada vez se dan a conocer realidades que en otros tiempos se mantenían ocultas, o la precariedad de las comunicaciones no permitía difundirlas oportunamente. Hoy todo está expuesto y muchas veces de manera casi simultánea.

Sin embargo, ésta realidad que pudiera percibirse como una permanente amenaza trayendo un endémico pesimismo económico, político y social, debe ser percibido por la *Iglesia de Dios* como una tremenda oportunidad.

Sí, hermanos y hermanas queridas, Dios nos ha dado el privilegio de vivir en ésta generación donde si bien es cierto prolifera la corrupción, la pobreza, el abuso, la violencia, y la injusticia es el terreno propicio, incluso fértil para que el Reino de Dios se haga presente y se extienda, manifestando la paz, la reconciliación, la solidaridad, la justicia, la esperanza y la misericordia.

Mientras muchos hoy probablemente gritan desesperanzadamente: **¿Quién puede mostrarnos algún “bien”?, ¿realmente existe?** La Iglesia de Dios debe clamar: **¡Haz, SEÑOR, que sobre nosotros brille la luz de tu rostro!**, pero no con el propósito de marginarnos o diferenciarnos de aquellos que sufren, sino más bien que la luz de Cristo, Su Presencia, en nosotros nos impulse a asumir el desafío de llevar la esperanza, el consuelo, la justicia, la paz como un testimonio de la evidente presencia de Dios en su Iglesia. Porque sólo Su presencia hace la diferencia.

Que brille sobre nosotros la luz de tu rostro Señor, precisamente para anunciar en todo lugar y en la posición que nos has dado, que el ser humano no está “determinado” por sistema alguno, ni político, ni social, ni religioso, porque en ti hay resurrección a una nueva vida no solo espiritual sino también moral, familiar y social. Tu Reino ha traído, en medio del caos, el orden, el propósito, la salvación en Cristo.

Debemos vivir y transmitir la misma seguridad del salmista, quién reflexiona en éste mismo Salmo 4. 8, **“En paz me acuesto y me duermo, porque solo tú, SEÑOR, me haces vivir confiado”**.